

CREER ES TAMBIEN PENSAR

JOHN STOTT

PREFACIO

Nadie desea un cristianismo frío, triste e intelectual. Pero será que eso significa que tenemos que evitar a toda costa el “intelectualismo”? ¿La experiencia en Él es lo que realmente importa, o lo es la doctrina? Muchos estudiantes cierran sus mentes como cierran sus libros, convencidos de que el intelecto compite sólo un papel secundario, si tanto, en la vida cristiana. Hasta que punto tienen ellos razón? Cual es el lugar de la mente en la vida del cristiano iluminado por Espíritu Santo?.

Tales preguntas son de vital importancia práctica, y afectan todos los aspectos de nuestra fe. Por ejemplo, hasta que punto debemos apelar a la razón de las personas en nuestra presentación del evangelio? La fe implica algo completamente irracional? El sentido común tiene algún papel a desempeñar en la conducta del cristiano? Teniendo esos y otros problemas en vista, el Rev. John Stott aborda en este libro el lugar de la mente en la vida cristiana. explica por qué el uso de la mente es tan importante para el cristiano, y como se aplica en aspectos prácticos de su vida. Y hace un vigoroso llamamiento a los cristianos para que muestren “una devoción inflamada por la verdad”.

CRISTIANISMO DE MENTE VACIA

Lo que Pablo escribió acerca de los judíos no creyentes de su tiempo podría ser dicho, creo, con respecto a algunos creyentes de hoy: “Porque les doy testimonio de que ellos tienen celo por Dios, sin embargo no tienen comprensión”. Muchos tienen celo sin conocimiento, entusiasmo sin esclarecimiento. En otras palabras, son inteligentes, pero les falta orientación. Doy gracias a Dios por el celo. Que jamás el conocimiento sin celo tome el lugar del celo sin conocimiento! El propósito de Dios incluye los dos: el celo dirigido por el conocimiento, y el conocimiento inflamado por el celo. Es como oí cierta vez el Dr. John Mackay decir, cuando era presidente del Seminario de Princeton: **“La entrega sin reflexión es fanatismo en acción, pero la reflexión sin entrega es la parálisis de toda acción”**.

El espíritu de anti-intelectualismo es corriente hoy día. En el mundo moderno se multiplican los programadores, para los cuales la primera pregunta acerca de cualquier idea no es: “Es verdad?” pero sí: “Será que funciona?”. Los Jóvenes tienen la tendencia de ser activistas, dedicados en la defensa de una

causa, sin embargo no siempre verifican con cuidado si su causa es un fin digno de su dedicación, o si el modo como proceden es el mejor medio para alcanzarlo. Un universitario de Melbourne, Australia, al asistir la una conferencia en Suecia, supo que un movimiento de protesta estudiantil hube comenzado en su propia universidad. Él retorció las manos, desconsolado. “Yo debía estar allá”, reveló, “para participar.

Pero ni sabia para que era la protesta?” Él tenía celo sin conocimiento. Mordecai Richler, un comentarista canadiense, fue muy claro a ese respecto: “Lo que me hace tener miedo con respecto a esta generación es cuánto ella se apoya en la ignorancia. Ser el desconocimiento general continuar a crecer, algún día alguien se levantará de un poblado por ahí diciendo Haber inventado... la rueda”.

Este mismo espectro de anti-intelectualismo surge frecuentemente para perturbar la Iglesia cristiana. Considera la teología con desprecio y desconfianza. Voy a dar algunos ejemplos.

Los católicos casi siempre tienen dato un gran énfasis en el ritual y en su correcta conducta. Eso ha sido, por lo menos, una de las características tradicionales del catolicismo, aunque muchos católicos contemporáneos (influenciados por el movimiento litúrgico) prefieran el ritual simple, para no decir el austero. Obsérvese que el ceremonial aparente no debe ser despreciado cuando se trata de una expresión clara y decorosa de la verdad bíblica. El peligro del ritual es que fácilmente se degenera en ritualismo, o sea, en una mera celebración en que la ceremonia se hace un fin en sí misma, un sustituto sin significado al culto racional.

Por otro lado, hay cristianos radicales que concentran sus energías en la acción política y social. La preocupación del movimiento ecuménico ya no es ecumenismo en sí, o planes de unión de iglesias, o cuestiones de fe y disciplina; por el contrario, se preocupa con problema de dar alimento a los hambrientos, casa a los que no tiene vivienda; con el combate al racismo, con los derechos de los oprimidos; con la promoción de programas de ayuda a los países en desarrollo, y con el apoyo a los movimientos revolucionarios del tercer mundo. Aunque las cuestiones de la violencia y de la implicación cristiana en la política sean controvertidos, de una manera general se debe aceptar que lucha por el solaz, por la dignidad y por la libertad de todo hombre, es de la esencia de la vida cristiana. Sin embargo, históricamente hablando, esa nueva preocupación debe mucho de su ímpetu a la difundida frustración de que jamás se alcanzará

un acuerdo en cuestión de doctrina. El activismo ecuménico se desarrolla con reacción a la tarea de formulación teológica, la cual no puede ser evitada, si es que las iglesias en este mundo deban ser reformadas y renovadas, para no decir, unidas.

Grupos de cristianos pentecostales, muchos de los cuáles hacen de la experiencia el principal criterio de la verdad. Poniendo de lado la cuestión de la validez de lo que toman y declaran, una de las características más seria, de por lo menos algunos neo-pentecostales, es su declarado anti-intelectualismo.

Uno de los líderes de ese movimiento dijo recientemente, a propósito de los católicos pentecostales, que en el fondo lo que importa “no es la doctrina, pero si la experiencia”. Eso equivale a poner nuestra experiencia subjetiva por encima de la verdad de Dios revelada. Otros dicen creer que Dios propositivamente da a las personas una expresión inteligente a fin de evitar el pasaje por sus mentes orgullosas, que se quedan así humilladas. Pues bien. Dios ciertamente humilla el orgullo de los hombres, pero no desprecia la mente que él propio creó.

Estos tres énfasis – es el de muchos católicos en el ritual, los radicales en la acción social, y de algunos pentecostales en la experiencia - son, hasta cierto punto, síntomas de una sólo enfermedad, el anti-intelectualismo. Son válvulas de escape para huir a la responsabilidad, dada por Dios, del uso cristiano de nuestras mentes.

En un enfoque negativo, yo daría como sustituto este trabajo “la miseria y la amenaza del cristianismo de mente vacía”. Más positivamente, pretendo presentar resumidamente el lugar de la mente en la vida cristiana. Paso a dar una visión general de lo que pretendo abordar. En el segundo capítulo, a título de introducción, presentaré algunos argumentos - tanto seculares como cristianos - a favor de la importancia del uso de nuestras mentes. En el tercero, constituyendo la tesis principal, describiré seis aspectos de la vida y responsabilidad cristianas, nos cuáles la mente tiene una función indispensable. Concluyendo, buscaré prevenir contra el extremo opuesto, también peligroso, de abandonar un anti-intelectualismo superficial para caer en un árido super-intelectualismo. No estoy en defensa de una vida Cristiana de sequía, sin humor, teórica, pero sí de una viva devoción inflamada por el fuego de la verdad. Anhelo por ese equilibrio bíblico, evitándose los extremos del fanatismo. apresurándome en decir que el remedio para una visión exagerada del intelecto

no es ni depreciarlo , ni negligencia, pero si mantenerlo en el lugar indicado por Dios, cumpliendo el papel que él le dio.

Por que los cristianos deben usar sus mentes?

La primera razón se presentará a todo creyente que desea ver el evangelio proclamado y Jesucristo reconocido en todo El mundo. Se trata del poder del pensamiento humano en la concretización de acciones. La Historia está repleta de ejemplos de la influencia las grandes ideas ejercen. Todo movimiento de poder tuvo su filosofía que se apoderó de la mente, inflamó la imaginación y capacitó la devoción de sus seguidores. Basta pensar en los manifiestos fascista y comunista del siglo pasado, en la obra “Mein Kampf” de Hitler, por un lado, y por El otro “las capital” de Marx y Pensamientos de Mao, del otro. A. N. Whitehead resume eso de la siguiente forma: Una gran parte del mundo es actualmente dominada por ideologías que, si no son completamente falsas, son extrañas al evangelio de Cristo. Predicamos “conquistar” el mundo para Cristo. Pero que especie de conquista tenemos en mente? Ciertamente que no una victoria basada en la fuerza de las armas.

Nuestra cruzada cristiana se diferencia completamente de las vergonzosas cruzadas de la Edad Media. Observemos la descripción que Pablo hace de esa batalla: “En la verdad, las armas con que combatimos no son carnales, pero tienen, a servicio de Dios, el poder de destruir fortalezas. Destruimos los racionios presuntuosos y todo que altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios. Hacemos cautivo todo pensamiento para llevarlo a obedecer Cristo”. Esta es una batalla de ideas, la verdad de Dios venciendo las mentiras de los hombres. Será que creemos en el poder de la verdad? No mucho tiempo después que Rusia brutalmente reprimió la revuelta húngara de 1956, el Sr. Kruschev se refirió al precedente dato por el zar Nicolau I, que comando combate a la revuelta húngara de 1848.

En un debate sobre Hungría, trabado en la Asamblea General de las Naciones Unidas, Sir Leslie Munro citó las observaciones hechas por Kruschev y concluyó su discurso recordando una declaración hecha por Lord Palmerston en la Casa de los Comunes en 24 de julio de 1849, con respecto al mismo asunto. Palmerston tenía dicto el siguiente: “Las opiniones son más fuertes que los ejercicios. Si fundadas en la verdad y en la justicia, las opiniones al fin prevalecerán sobre las bayonetas de la infantería, los tiros de la artillería y las

cartas de la caballería”... Dejando de lado ejemplos seculares del poder del pensamiento, paso ahora a abordar algunas razones, más propiamente cristianas, por las cuáles debemos hacer uso de nuestras mentes. Mi argumento ahora es que en las doctrinas básicas de la fe cristiana, doctrinas de la creación, revelación, redención y juicio en todas ellas está implícito que el hombre tiene un doble e inalienable deber: Lo de pensar y lo de actuar de conformidad con su pensamiento y conocimiento.

CREADO PARA PENSAR

Comienzo con lo creado. Dios hizo el hombre a su propia imagen, y uno de los aspectos más nobles de la semejanza de Dios en el hombre es la capacidad de pensar. Es verdad que todas las criaturas infra-humanas tienen cerebro, algunos rudimentos, otros más desarrollados. El Sr. W.S. Anthony, del Instituto de Psicología Experimental de Oxford, presentó un trabajo ante la Asociación Británica, en septiembre de 1957, en lo cual describió algunas experiencias con ratones. Él obstaculizó a las entradas que contenían alimento y agua, frustrándoles las tentativas de encontrar el camino en aquel laberinto. Descubrió que, delante del laberinto más complicado, sus ratones demostraron lo que él denominó de dudas “intelectual primitiva”! Eso bien puede ser verdad. Sin embargo, aunque en algunas criaturas haya dudas, solamente el hombre tiene lo que la Biblia llama “comprensión”.

La Escritura asegura y evidencia eso a partir del momento de la creación del hombre. En Génesis 2 y 3 vemos Dios comunicándose con el hombre de un modo según lo cual Él no se comunica con los animales. Él espera que el hombre colabore consigo, consciente e inteligentemente, en el cultivo y en la conservación del jardín en que lo coloco, y que sepa diferenciar- tanto racional como moralmente - entre lo que le es permitido y lo que le prohibió de hacer. Aún más, Dios llama el hombre para dar nombres a los animales, simbolizando así el señorío que le hube dado sobre esas criaturas. Y Dios creía la mujer de manera tal que el hombre inmediatamente a reconoce como compañera idónea de su vida, y entonces irrumpe espontáneamente primero poema de amor de la Historia!

Esta racionalidad básica del hombre, por creación, es admitida en toda la Escritura. En la realidad, sobre ese hecho se apoya el argumento normal que, siendo el hombre diferente de los animales, él debe comportarse también

diferentemente. “No seáis como el caballo o la mula, sin comprensión”. En consecuencia, el hombre es escarnecido y reprendido cuando su comportamiento es más bestial que humano (“yo estaba embrutecido e ignorante; era como un irracional a la tu presencia”), y cuando la conducta de animales es más humana que a de algunos hombres. Pues que a las veces los animales de hecho superan los hombres. Las hormigas son más trabajadoras. Los bueyes y jumentos muchas veces dan a sus dueños un reconocimiento más obediente que el pueblo de Dios al Señor. Y los pájaros migratorios son mejores en el arrepentimiento, ya que cuando parten en migración siempre retornan, mientras que muchos hombres que se desvían no consiguen volver.

El tema es claro y desafiante. Hay muchas semejanzas entre el hombre y los animales. Pero los animales fueron creados para que se conduzcan por instinto, mientras que los hombres (a pesar de los “behavioristas”), por elección racional. De esa forma los hombres, a lo que dejen de actuar racionalmente, procediendo por instinto a la semejanza de los animales, están contradiciéndose, contradiciendo su creación y su diferenciación como seres humanos, y deben Tener vergüenza de sí mismos.

De hecho es verdad que la mente del hombre está afectada por las devastadoras consecuencias de la Caída. La depravación “total” del hombre significa que cada parte constituyente de su humanidad fue, hasta cierto punto, corrompida, inclusive su mente, la cual la Escritura describe como “obscurecida”. Con efecto, mientras más los hombres reprimen la verdad de Dios que se hacen “insensatos” en su pensar. Pueden declararse sabios, pero son tontos. La mente de ellos es la mente “de la carne”, la mentalidad de una criatura caída, y es básicamente hostil a Dios y a su ley.

Todo eso es verdad. Pero el hecho de que la mente del hombre es caída no nos puede servir de disculpa para que batamos en retirada, pasando del pensamiento a la emoción, ya que el lado emocional de la naturaleza humana está igualmente decaído. De hecho, el pecado trae más efectos peligrosos a la nuestra facultad de sentir que a la nuestra facultad de pensar, porque nuestras opiniones son más fácilmente controladas y reguladas por la verdad revelada que nuestras experiencias.

Así, pues, a pesar del estado decaído de la mente humana, aún el hombre le es ordenado pensar y usar su mente, en la condición de criatura humana que es. Dios invita Israel rebelde. “Venid, pues, y razonemos, dice el Señor”. Y Jesús acusó las multitudes descreídas, inclusive los fariseos y

saduceos, por que puedan interpretar las condiciones meteorológicas y que prevean el tiempo, pero que no pudieran interpretar “las señales de los tiempos” ni que prevean el juicio de Dios. “Por qué les preguntó. En otras palabras: por qué no usáis vuestros cerebros? Por qué no aplicáis al campo moral y espiritual el sentido común que empleáis en el físico?”.

La sociedad secular, concuerda con la enseñanza de la Escritura acerca de la racionalidad básica del hombre, constituida en su creación y no de todo destruida en la Caída. Los propagandistas pueden dirigir sus llamamientos promocionales a nuestros apetitos más bajos, pero ellos no tienen ninguna duda de que tenemos la capacidad de distinguir entre productos: de hecho, muchas veces incluso llegan a lisonjear al consumidor que discrimina. Cuando sale la primera noticia de un crimen, generalmente ella viene con la frase “el motivo aún no fue descubierto”. Se presupone, como se ve, que aún la acción criminal tiene una motivación, sea ella cual que sea. Y cuando nuestra conducta es más emocional que racional, aun así insistimos en “racionalizarla”. El propio proceso llamado “racionalización” es significativo. Indica que el hombre de tal forma se constituyó en un ser racional que cuando no tiene razones para su conducta él tiene que inventar alguna para satisfacerse.

PENSANDO LOS PENSAMIENTOS DE DIOS

Paso ahora del argumento de la creación a la revelación. Los hechos simples y gloriosos - que Dios es un Dios que se revela a sí mismo, y que Él se reveló al hombre - demuestran la importancia de nuestras mentes. Pues toda la revelación de Dios es racional, tanto la revelación general en la naturaleza como su revelación especial en las Escrituras y en Cristo. Consideremos la naturaleza. “Los cielos proclaman la gloria de Dios y el firmamento anuncia las obras de sus manos. Un día discursa a otro día, y una noche revela conocimiento la otra noche. No hay lenguaje, ni hay palabras, y de ellos no se oye ningún sonido; sin embargo, por toda la tierra se hace oír su voz, y sus palabras hasta a los confines del mundo”. O sea, Dios habla a los hombres a través del universo que creó, y proclama su gloria divina, si bien sea un mensaje sin palabras. El mensaje es muy claro, sin embargo, y los que rechazan su verdad son culpados delante de Dios. “Por lo tanto lo que de Dios se puede conocer es manifiesto entre ellos, porque Dios les manifestó.

Porque los atributos invisibles de Dios, su eterno poder y también su propia divinidad, claramente se reconocen, desde el principio del mundo, siendo percibidos por medio de las cosas que fueron creadas. Tales hombres son por eso indisculpables. Por cuanto, teniendo conocimiento de Dios no lo glorificaron como Dios...”

Estos dos pasajes se refieren a la revelación que Dios hace de sí aún a través de la orden creada. Aunque sea una proclamación sin palabras, una voz sin sonido, aún así resulta que todo hombre tiene algún “conocimiento de Dios”. Está presuposición ahí que el hombre tiene capacidad para leer lo que Dios escribió en el universo, y eso es extremadamente importante. Toda la investigación científica se apoya en esa presuposición, en la correspondencia entre el carácter de lo que está siendo investigado y la mente de quien investiga.

Esa correspondencia es la racionalidad. El hombre puede comprender los procesos de la naturaleza. Ellos no son misteriosos; se debe al Creador que, tanto en ella cómo en ellos, expresó su mente. En consecuencia, de acuerdo con las famosas palabras de Kepler, los hombres “pueden pensar según los pensamientos de Dios”. Esa misma importante correspondencia es aún más directa entre la Biblia y quien la lee. Pues que en ella y a través de ella Dios ha hablado, es decir, tiene se comunicado por medio de palabras. Si concordamos que en la naturaleza la revelación de Dios es visualizada, en la Escritura es verbalizada, y en Cristo es tanto una cosa como la otra, pues Él es “la Palabra que se hizo carne”. Ora, la comunicación con palabras presupone una mente que las pueda entender e interpretar, pues las palabras no pasan de símbolos sin significado la menos que sean descifradas por un ser inteligente.

Así, el segundo motivo cristiano por lo cual la mente humana es importante es que el cristianismo es una religión revelada. Creo que quien mejor expresó ese punto fue James Or en su libro “The Cristian View of God and the World” La Visión Cristiana de Dios y del Mundo): Si hay una religión en este mundo que dé relevancia a la enseñanza, es bien seguro tal religión es de Jesucristo. A menudo ya se ha destacado el hecho de que la doctrina tiene una mínima importancia en las religiones no-cristianas; en ellas lo destaque está en la realización de un ritual. Pero es precisamente en esto que el cristianismo se diferencia de las demasiadas religiones: él tiene doctrina.

Él se presenta a los hombres con una enseñanza definida, positivo, se declara ser la verdad; en él el conocimiento da soporte a la religión, si bien sea un conocimiento solamente accesible bajo condiciones morales... Una religión

divorciada del pensamiento diligente y elevado ha tenido, a través de toda la historia de la iglesia, la tendencia de hacerse débil, estéril y nociva; por otro lado, el intelecto desprovisto de sus derechos en el ámbito de la religión, ha buscado su satisfacción fuera, y desarrollado un materialismo sin Dios.

Es correcto que algunos llegaron a la conclusión opuesta. Ya que el hombre es finito y decaído, argumentan, ya que no puede descubrir Dios a través de su mente, viendo Dios que revelarse por Sí, entonces la mente no es importante. Pero no! La doctrina cristiana de la revelación, en vez de hacer de la mente algo innecesario, en la verdad la hace indispensable y la coloca en su debido lugar. Dios se reveló por intermedio de palabras a las mentes humanas. Su revelación es una revelación racional a las criaturas racionales. Nuestro deber es recibir su mensaje, que nos sometamos a ella, nos esforzamos por comprenderla y que la relacionemos con el mundo en que vivimos. El hecho de que Dios necesita tomar la iniciativa para revelarse a nosotros nos muestra que nuestras mentes son finitas y decaídas; por Él preferir revelarse a las criaturas, vemos que tenemos que inclinarnos para que recibamos su Palabra; el mero hecho de que se reveló, por medio de palabras, nos muestra que nuestras mentes son capacitadas para la comprensión.

Una de las más elevadas y más nobles funciones de la mente humana es oír la Palabra de Dios, y así leer la mente de Dios y pensar conforme sus pensamientos, tanto por la naturaleza como por la Escritura. Me atrevo a decir que cuando fallamos en el uso de nuestras mentes y descendemos al nivel de los animales, Dios se dirige a nosotros y nos habla estas palabras: “Cíñe ahora tus lomos como hombre; yo te preguntaré y tú me responderás”.

MENTES RENOVADAS

Pasamos ahora de la doctrina de la revelación a la doctrina de la redención, redención realizada por Dios a través de la muerte y resurrección de Jesucristo. Teniendo Dios ejecutado esta redención a través de su Hijo, ahora anuncia por intermedio de sus siervos. De hecho, la proclamación del evangelio también hecha por palabras dirigidas a las mentes humanas es el principal medio proveído por Dios para dar la salvación a los pecadores.

Pablo así se expresa cuanto a eso: Visto como, en la sabiduría de Dios, el mundo no lo conoció por su propia sabiduría, aprobó Dios salvar a los que creen, por la locura de la predicación”.

Nótese con cuidado el contraste que el apóstol hace. No es entre una presentación racional y un no-racional, como se fuera el caso de Dios Tener puesto de lado por completo un mensaje racional, en virtud de la sabiduría humana ser impotente para encontrar Dios. No. Lo que Paulo contrasta con la sabiduría humana es la revelación divina. Pero nuestra predicación es una revelación racional, el enigma de Cristo crucificado y resucitado. Pues si bien las mentes de los hombres estén en tinieblas y sus ojos estén invidentes, si bien los no-regenerados no puedan por sí mismos recibir el comprender cosas espirituales “porque ellas se disciernen espiritualmente”, ni por eso el evangelio deja de ser llevado a las sus mentes, porque tal es el medio previsto por Dios para abrirlas los ojos, que les ilumine las mentes y salvarlos Tendré más a decir sube eso al tratar de la evangelización.

Pues bien, la redención trae consigo la reconstitución de la imagen divina en el hombre, la cual fuera distorsionada en la Caída. En esa reconstitución se incluye la mente Paulo pudo describir los convertidos del paganismo diciendo: “y os revestisteis del nuevo hombre, que se rehace para el lleno conocimiento, según la imagen de aquel que lo creó y también: “aprendisteis Cristo... en el sentido de que... os renovéis en el espíritu de vuestra comprensión”. Él puede ir aún más lejos. Un hombre “espiritual”, en lo cual habita Espíritu Santo y que por Él es dirigido, ha nuevos poderes para el discernimiento espiritual. De él se puede decir que tiene “la mente de Cristo”.

Esta convicción de que los cristianos tienen nuevas mentes hizo con que Paulo apelara confesantemente a sus líderes: juzgad vosotros mismos lo que digo”.

A veces me pongo a pensar sobre de que manera el apóstol reaccionaría si hoy viniera a visitar la cristiandad occidental. Creo que lamentaría la falta de una mente cristiana los días de hoy, como lo hizo recientemente Harry Blamires. Una “mente cristiana”, como a describe el Sr. Blamires, es “una mente entrenada, informada, equipada para manosear los datos de una controversia secular dentro de un cuadro de referencia constituido por presuposiciones cristianas”, por ejemplo, presuposiciones cuanto al sobrenatural, cuanto a la universalidad del mal, cuanto a la verdad, autoridad y valor de la persona humana. El pensador cristiano, continúa él, desafía los prejuicios corrientes... perturba los complacientes... si antepone a los activos pragmatistas... cuestiona las bases de todo que le dice respeto y... se hace incómodo”. Pero, prosigue, hoy

día parece no existir pensadores cristianos con una mente cristiana. Por el contrario”:

“La mente cristiana se ha dejado secularizar en un grado de debilidad y de forma tan despreocupada sin paralelos en la historia cristiana. No es fácil hallar las palabras correctas para expresar la completa pérdida de moral intelectual en la iglesia del siglo veinte. No se puede caracterizar este hecho sin recurrir a un lenguaje que parecerá ser histérica y melodramática. Ya no existe una mente cristiana. Aún hay, ciertamente, una ética cristiana, una práctica cristiana y una espiritualidad cristiana... Pero en la condición de un ser que piensa, el cristiano moderno ya sucumbió a la secularización”.

Se trata de una triste negación de nuestra redención por Cristo, acerca de quien se dice que “nos ha sido hecho por Dios sabiduría”.

JUZGADOS POR NUESTRO CONOCIMIENTO

La Cuarta doctrina cristiana en la cual está implícita la importancia de la mente es la doctrina del juicio de Dios. Pues un punto es bastante claro en la enseñanza bíblica cuanto al juicio: que Dios nos juzgará por nuestro conocimiento y por nuestra actitud en respuesta (o por la falta de esta) a la su revelación. Tomemos como un ejemplo del Viejo Testamento el libro de Jeremías.

Jeremías profetizó por la palabra del Señor, con gran coraje y con una persistencia inquebrantable que, la menos que el pueblo atendiera a la voz de Dios, la nación la ciudad y el templo serían destruidos. Pero, en vez de que atiendan, cerraron sus oídos, se quedaron inflexibles, y endurecieron la cerviz. Esas son algunas frases-llaves del libro. Tenemos ahí algunos ejemplos. Desde el día en que vuestros padres salieron de la tierra de Egipto, hasta hoy, os envié todos mis siervos, los profetas, todos los días, comenzando de madrugada yo los envié. Pero no me de este oídos ni me atendisteis; endurecisteis la cerviz y hiciste peor que vuestros padres.

...ordené a vuestros padres el día en que los quité de la tierra de Egipto..., diciendo: De ahí oídos a la mi voz, y haced todo según lo que os mando; así vosotros me seréis a mí por pueblo, yo os seré a vosotros por Dios... Porque de veras advertía a vuestros padres el día en que los quité de la tierra de Egipto, hasta el día de hoy, testificando desde pronto cada día, diciendo: De ahí

oídos a la mi voz. Pero no atendieron ni inclinaron sus oídos, antes anduvieron cada uno según la dureza de su corazón maligno.

Durante veintitrés años... ha venido a mí la palabra del Señor, y, comenzando de madrugada, yo he anunciado; pero vosotros no escuchasteis. También, comenzando de madrugada, os envió el Señor todos sus siervos, los profetas, pero vosotros no escuchasteis, ni inclinasteis vuestros oídos para oír...Me volcaron la espalda, y no el rostro; aunque yo, comenzando de madrugada, los enseñaba, ellos no dieron oídos, para que reciban la advertencia. Aún después de Jerusalén haber sido destruida por Nabucodonosor y el desventurado Jeremías, con renuencia, en lugar de haber sido llevado a Egipto, continuó él a advertir a sus compatriotas judíos cuanto al juicio de Dios delante de la perversidad de su pueblo. Sin embargo comenzando yo de madrugada, les he enviado mis siervos, los profetas, para decirles: No hagáis esta cosa abominable que aborrezco. Pero ellos no obedecieron, ni inclinaron los oídos... Este principio de juicio fue endosado por el propio Señor Jesús: "Quién me rechaza y no recibe mis palabras tiene quién lo juzgue; la propia palabra que he proferido, esa lo juzgará el último día". Y la base del argumento del apóstol Paulo en los primeros capítulos de su carta a los Romanos es que todos los hombres son culpados delante de Dios precisamente porque todos poseen algún conocimiento - los judíos por medio de la ley de Dios escrita, y los gentíos por medio de la naturaleza y de la ley de Dios en sus corazones - pero nadie vivió de acuerdo con ese conocimiento.

Es un pensamiento solemne lo de que, con nuestro anti-intelectualismo, tanto nos opongo como no incomodándonos con el oír la palabra de Dios, podremos estar preparando para nosotros el juicio del Dios Todopoderoso. Intenté mostrar como la racionalidad humana tiene una importancia fundamental en las doctrinas básicas de la creación, revelación, redención y juicio. Dios nos constituyó como seres que piensan; Él nos trató como tales, comunicándose con nosotros con palabras; él nos renovó en Cristo y nos dio la mente de Cristo; y nos considerará responsables por el conocimiento que tenemos.

Tal vez se comience a ver ahora el mal que es esa disposición anti-intelectualista, cultivada en algunos grupos cristianos. No se trata de una verdadera devoción, absolutamente; pero sí de una conformación la una onda de este mundo, o sea, se trata de una forma de mundanismo. Subestimar la mente es enterrar doctrinas cristianas fundamentales. Dios nos creó seres racionales; será que justo negáramos la humanidad que Él nos dio? Dios con nosotros se

comunicó; no buscaremos entender sus palabras? Dios renovó nuestra mente por intermedio de Cristo; no haremos uso de ella? Dios nos juzgará por su Palabra; no seremos prudentes, construyendo nuestra casa sobre esa roca?

En vista de esas doctrinas, no es de sorprenderse el descubrimiento de cuantos énfasis la Escritura - tanto en el Viejo como en el Nuevo Testamento - coloca obtención de conocimiento y sabiduría. En el Antiguo Testamento Dios se quejaba de que su pueblo se comportaba como “hijos necios, y no entendidos”, y declaraba que “mi pueblo está siendo destruido, porque le falta el conocimiento”. Toda la literatura de sabiduría del Viejo Testamento les hubiese sido dada para enfatizar que sólo “los locos aborrecen el conocimiento “y que solamente el sabio es en la verdad feliz, pues que habiendo adquirido sabiduría, posee algo “mejor que el oro” y más precioso que perlas”.

De igual forma, en el Nuevo Testamento una buena parte de las instrucciones de los apóstoles fue dirigida en el sentido de que adquiramos la sabiduría divina, aplicándola en una vida santa. “Reuniendo toda vuestra diligencia”, escribió Pedro, “asociad con vuestra fe la virtud; con la virtud, el conocimiento...” “Exponemos sabiduría entre los experimentados”, escribió Paulo, y prosiguió censurando los corintios por la inmadurez que tenían. Eran aún como bebés, dijo, que necesitaban de leche incapaces que eran de ingerir el alimento sólido de la sabiduría del alto.

De esa forma, el principal motivo de las oraciones de Paulo con respecto a las jóvenes iglesias y sus miembros era que crecieran en conocimiento y que Espíritu Santo, el Espíritu de la verdad, ejerciera su ministerio entre ellos y con ellos. Para los de Éfeso él oró “que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os conceda espíritu de sabiduría y de revelación en el pleno conocimiento de él, iluminando los ojos de vuestra comprensión, para que sepáis cuál es la esperanza de su llamamiento, cual la riqueza de la gloria de su herencia en los santos, y cual la suprema grandeza de su poder para con los que creemos...

“Más adelante, en esta misma carta, él oró que “seáis fortalecidos con poder, mediante su Espíritu en el hombre interior; y así habite Cristo en vuestros corazones, por la fe, “Por qué? He ahí la razón: “estando vosotros arraigados y cimentados en amor, a fin de que podáis comprender, con todos los santos, cual es la anchura, y la largura, y la altura, y la profundidad, y conocer el amor de Cristo que excede toda comprensión, para que seáis tomados de toda plenitud de Dios”. Por los filipenses, oró: “que vuestro amor aumente más y más en pleno

conocimiento y toda la percepción, para que aprobéis las cosas excelentes y que seáis sinceros y sin culpa para el día de Cristo, llenos de frutos de justicia ..

Por los colosenses, oró: “que reboseis de lleno conocimiento de su poder, en toda la sabiduría y comprensión espiritual; a fin de que viváis de modo digno del Señor , para su entero agrado, fructificando en toda buena obra , y creciendo en el lleno conocimiento de Dios”. La repetición de los términos conocimiento, sabiduría, percepción y comprensión es realmente impresionante. No cabe duda que el apóstol consideraba tales puntos la propia base de la vida cristiana.

LA MENTE EN LA VIDA CRISTIANA

Estamos ahora en condiciones de considerar los motivos según los cuales Dios desea que usemos nuestras mentes. No es mi propósito aquí argumentar por la adquisición de conocimiento “secular” o de “cultura”, pero sí tocar en seis esferas de la vida cristiana, cuya realización sería imposible sin el uso adecuado de la mente. Examinaremos el servicio cristiano, la fe cristiana, la santidad cristiana, la dirección cristiana, la evangelización cristiana y el ministerio cristiano, en ese orden.

EL CULTO VERDADERO

Me gusto mucho de aquel caso que un ministro americano, el ya fallecido Dr. Rufus M. Jones, solía contar. Él creía en la importancia del intelecto en la predicación. Sin embargo un miembro de su congregación hizo objeción la ese énfasis y le escribió quejándose: “Cuando voy a la iglesia”, dijo en su crítica, “me siento como se tuviera desenrollando mi cabeza y a colocando por bajo el asiento, pues en una reunión religiosa no tengo necesidad alguna de usar lo que se halla por encima de mi cuello!.

“Prestar culto de esa forma, sin hacer uso de la mente, ciertamente es lo que se hacía en la ciudad pagana de Atenas, donde Paulo encontró un altar dedicado “al dios desconocido”. Pero esa forma de culto no sirve para los cristianos. El apóstol no se hubiese sentido satisfecho en dejar los atenienses en su ignorancia. Prosiguió proclamándoles la naturaleza y las obras del Dios que adoraban en la ignorancia. Pues sabía que solamente el culto inteligente es aceptable por Dios, el culto verdadero, el culto prestado por aquellos que conocen a quien adoran, y que lo aman “de toda la comprensión”.

Los salmos eran el grande himnario de la iglesia del Viejo Testamento, y hoy día aún son cantados en los cultos cristianos. En ellos tenemos, pues, un medio de que sepamos como debe ser el culto verdadero. La definición básica de culto en los Salmos es “loar el nombre del Señor”, o tributar “al Señor la gloria debida a lo yo nombre”. Y a lo que inquiramos lo que significa su “nombre”, verificaremos que es la suma total de todo lo que él es e hizo. En particular, él es adorado en los Salmos tanto como el Creador del mundo como el Redentor de Israel, y los salmistas se complacen en adorarlo dando una lista enorme de las obras de Dios relativas a la creación y a la redención.

El Salmo 104, por ejemplo, expresa la incontable maravilla de la sabiduría y Dios en sus múltiples obras en el cielo y en la tierra, en la vida animal y vegetal entre las aves, los mamíferos y los “seres sin cuenta” existentes en abundancia en los mares y grandes océanos.

El Salmo 105, por otro lado, exalta un otro aspecto de las “obras maravillosas” de Dios, a saber, el tratamiento especial que dedicó al pueblo de su alianza. Narra la historia de los siglos, las promesas y Dios la Abraham, Isaac y Jacob; su providencia para con José de Egipto, quitándolo de la prisión para la honrosa posición de gran señor; sus actos poderosos hechos a través de Moisés y Aarón, enviando las plagas y liberando el pueblo; su provisión a aquella gente en el desierto y su poder que hizo con que heredaran la tierra prometida. El Salmo 106 repite en gran medida la misma historia, pero enfoca esta vez la paciencia de Dios con su pueblo, que vivía olvidándose de sus obras, desobedeciendo sus promesas y rebelándose contra sus mandamientos.

El Salmo 107 adora a Dios por su permanente amor, que viene de encuentro a las necesidades de diferentes grupos de personas: de viajeros perdidos en el desierto, de prisioneros desfalleciendo en calabozos, de enfermos al borde de la muerte, de navegantes atrapados en una gran tempestad. Todos estos “en su angustia clamaron al Señor y Él los libró de sus tribulaciones”. Así, “rindan gracias al Señor por su bondad y por sus maravillas para con los hijos de los hombres!” Mi último ejemplo es el Salmo 136. Aquí la frase litúrgica se repite en cada versículo: “porque su misericordia dura para siempre”. Y las llamadas para rendir gracias al Señor por Su bondad comienzan con su creación de los cielos, de la tierra, del sol, de la luna y de las estrellas, prosiguiendo de ahí con su redención de Israel de Egipto, y con los reyes amorreos, a fin de darles Su tierra en herencia.

Bastan estos ejemplos para mostrar que Israel no adoraba Dios en la forma de una divinidad distante o abstracta, pero como el Señor de la naturaleza y de las naciones, como alguien que se hube revelado a través de actos concretos, creando y manteniendo su mundo, redimiendo y preservando su pueblo. Israel tenía buenos motivos para adorarlo por su bondad, por sus obras y por “todos los sus beneficios”. A estos poderosos hechos de Dios (el Dios creador y el Dios de la alianza), los cristianos añaden el acto de Dios más poderoso que todos los demás: el nacimiento, la vida, la muerte y la glorificación de Jesús; su Don de Espíritu Santo; y su nueva creación, la Iglesia. Esta es la historia del Nuevo Testamento, y por eso es por lo que tanto los textos del Viejo como del Nuevo Testamento, juntos, con una exposición bíblica, constituyen hoy una parte indispensable del culto cristiano. Solamente cuando de nuevo oímos sobre lo que Dios ya hizo nos encontramos en condiciones de retribuirle con nuestra adoración y nuestro culto. Es también por este motivo que la lectura y la meditación de la Biblia son una parte muy importante en la devoción personal del cristiano.

Todo culto cristiano, sea él público o personal, debe ser una respuesta inteligente a la auto-revelación de Dios por sus palabras, y sus obras registradas en las Escrituras. Es en este contexto que, de pasada, se puede hacer una referencia al “hablar en otras lenguas”. Cualquiera que haya sido la el lenguaje en el Nuevo Testamento - si un Don de lenguas extrañas o la expresión de sonidos en éxtasis - el correcto es que las palabras eran ininteligibles a quién las profería. Por eso aún fue que Pablo prohibió hablar en lenguas en público, si no hubiera quien tradujera o interpretara. si la persona permaneciera sin entender lo que decía. Escribió él: “Por lo que, lo que habla en otra lengua, ore para que la pueda interpretar. Porque, si yo oro en otra lengua, mi espíritu ora de hecho, pero mi mente se queda infructífera. Que haré, pues? Oraré con el espíritu, pero también oraré con la mente...”

En otras palabras, Pablo no podía admitir ninguna oración, ningún culto, en que la mente permaneciera estéril o inactiva. Él insistió que en todo culto verdadero la mente tiene que ser completamente empeñada, de modo a dar frutos. El placer de los corintios para con el culto ininteligible era algo infantil. En relación al mal, les dijo que sean como niños e inocentes lo cuánto fuera posible, pero añadió: “en el modo de pensar, sean adultos”. El culto cristiano no será perfecto sino en el cielo, pues hasta entonces conoceremos Dios cómo Él

es, y qué solamente entonces tendremos condiciones de adorarlo de manera propia.

FÉ: UNA CREENCIA ILÓGICA QUE NO SE PUEDE PROBAR?

He querido saber se hay otra virtud cristiana más comprendida que la fe. Comencemos con dos aspectos negativos. Primero, fe no es credulidad. El americano H.L., Menckhn, crítico anti-sobrenaturalista del cristianismo, cierta vez afirmó que “la fe puede ser definida concisamente como siendo una creencia ilógica en la ocurrencia del improbable”. Pero Mecken erró: Fe no es credulidad. Ser crédulo es ser ingenuo, completamente desprovisto de cualquier crítica, sin discernimiento, incluso irracional, en lo que cree. Sin embargo es un gran error suponer que la fe y la razón son incompatibles. La fe y la visión son puestas en oposición, una a la otra, en las Escrituras, pero nunca la fe y la razón. Por el contrario, la fe verdadera es esencialmente racional, porque se basa en el carácter y en las promesas de Dios. El creyente en Cristo es alguien cuya mente medita y se firma en esas certezas.

En segundo lugar, fe no es optimismo. En eso es que parece que Norman Vincent Peale se confundió. Muy de lo que él escribió es correcto. Su convicción básica se refiere al poder de la mente humana. Él cita William James, que dijo que “El mayor descubrimiento de esta generación es saber que los hombres pueden cambiar sus vidas alterando sus actitudes mentales” y Ralph Waldo Emerson, “El hombre es lo que piensa durante todo el día”. Así, el Dr. Peale desarrolla su tesis sobre el pensamiento positivo, lo cual él acaba por igualar (erradamente) con la fe. Lo que es precisamente esa “fe pela cual aboga?” Su primer capítulo del libro *El Poder del Pensamiento Positivo* tiene el significativo título de Tenga “Confianza en Sí Aún”.

En el capítulo 7 (“Espere siempre el Mejor y Lo consiga”) él hace una sugerencia que garantiza que dará correcto. Lea el Nuevo Testamento, dice él, destaque “una docena de conceptos sobre la fe, los que más gustar”, y busque memorizarlos. Que esos conceptos de fe permeen su mente consciente. “Repítalos muchas veces”. Ellos se impregnarán en su subconsciente y ese proceso lo transformará en un creyente”. Hasta que esto parece ser algo prometedor. Pero, espere un poco. Cuando la Biblia se refiere al “escudo de la fe”, prosigue él, ella está enseñando una “técnica de fuerza espiritual”, a saber,

“fe, creencia, pensamiento positivo, fe en la vida. Esta es la esencia de la técnica que ella enseña”. El Dr. Peale prosigue citando algunos versículos maravillosos, tales como “se podes! Todo es posible a lo que cree”; “si tuvierais fe... nada os será imposible”, y hágase “conforme vuestra fe”. Pero, entonces él estropea todo, al explicar este último texto de la siguiente manera: “de acuerdo con la fe que usted tuviera en sí aún, en su empleo, en Dios, es lo que tendrá y no más que eso”.

Estas citas bastan para mostrar que el Dr. Peale aparentemente no hace ninguna distinción entre la fe en Dios y la fe en sí aún. De hecho, lo que él demuestra es no preocuparse absolutamente con el objeto de la fe. Él recomienda, como parte de su sistema de acabar con las preocupaciones, que la primera cosa a hacer todas las mañanas, a lo que despertemos y antes de que nos levantemos, es decir en voz alta “yo creo!” tres veces; pero él no nos dice en que debemos estar afirmando que creemos con tanta confianza e insistencia.

Las últimas palabras de su libro son simplemente “tenga, pues, fe, y vivirá feliz”. Pero fe en que? Creer en quién? Para el Dr. Peale la fe no pasa de más una palabra para expresar autoconfianza, o un exagerado y no fundamentado optimismo. Oí decir que el Dr. Peale cambió su punto-de-vista después de Tener escrito este libro, pero el libro se halla aún en circulación, y siendo leído. Y en ese libro parece estar bien claro que su pensamiento positivo es, en el fin de las cuentas, meramente un sinónimo para “fe en aquello que la gente quiere que sea verdad”.

El mismo se puede decir con relación al Sr. W. Clement Stone, el filantropista y fundador de Actitudes “Mentales Positivas”. “De simples hombres comunes hacemos superhombres”, dice él, pues desarrolló “la técnica de ventas para acabar con todas las técnicas de ventas”. Porque “usted puede incluso venderse a sí mismo, recitando de la misma manera como hacen los vendedores de la AMP todas las mañanas: “estoy contento, tengo salud, soy el máximo!.

“Pero la fe cristiana es bien diferente del “pensamiento positivo” de Peale y de las “actitudes mentales positivas” de Stone. Fe no es optimismo. Fe es una confianza racional, una confianza que, en profunda reflexión y certeza, cuenta el hecho de que Dios es digno de todo crédito.

Por ejemplo, cuando David y sus hombres volvieron la siclag, antes de los filisteos que hayan matado Saúl en la batalla, un terrible espectáculo los aguardaba. En su ausencia los amalequitas habían saqueado su aldea,

incendiando sus casas y llevado cautivas sus mujeres y niños. David y sus hombres lloraron “hasta ya no tenían fuerzas para llorar” y entonces, en su amargura, el pueblo meditó en apedrear a David. Era una crisis seria y David fácilmente podría haberse dejado caer en la desesperación.

Pero, en vez de eso, leemos que “David se reanimó en el Señor su Dios”. Esta era una fe verdadera. Él no cerró sus ojos a los hechos. Ni intentó crear su propia autoconfianza, o decir a sí aunque se sentía realmente mucho bien. No. Él se acordó del Señor su Dios, el Dios de la creación, el Dios de la alianza, el Dios que prometió ser su Dios y colocarlo en el trono de Israel. Y a la medida en que David se recordaba de las promesas y de la fidelidad de Dios, su fe crecía y se fortificaba. Él “se reanimó en el Señor su Dios”.

Así, pues, la fe y el pensamiento caminan juntos, y es imposible creer sin pensar. CREER ES TAMBIÉN PENSAR!.

El Dr. Lloyd-Jones nos dio un excelente ejemplo neo testamentario de esta verdad en el comentario que hizo de Mateo 6:30 en sus *Studies in the Sermon on the Mount* (Estudios sobre el Sermón de la Montaña): “Ora, si Dios viste así la hierba del campo, que hoy existe y mañana es lanzada en el horno, mientras más a vosotros otros, hombres de poca fe”?

La fe, de acuerdo con la enseñanza de nuestro Señor en este párrafo, es básicamente el acto de pensar, y todo el problema de quien tiene una fe pequeña es no pensar. La persona permite que las circunstancias le opriman... tenemos que dedicar más tiempo al estudio de las lecciones de nuestro Señor sobre la observación y deducción. La Biblia está repleta de lógica, y sea algo meramente místico. Nosotros no nos sentamos simplemente en una butaca, permaneciendo a la espera de que cosas maravillosas nos acontezcan. Eso no es fe cristiana. La fe cristiana es, en su esencia, el acto de pensar. Miren hacia los pájaros, piensen en ellos, y hagan sus deducciones.

Vean los campos, vean los lirios silvestres, consideren esas cosas...La fe, si quisieran, puede ser definida así: Es insistir en pensar cuando todo parece estar determinado a en los oprimir y a en los poner por tierra, intelectualmente hablando. El problema con las personas de pequeña fe es que ellas, en vez de que controlen sus propios pensamientos, sus pensamientos es que son controlados por alguna circunstancia y, como se dice, ellas pasan a rodar en círculos. Eso es la esencia de la preocupación...Eso no es pensamiento; eso es ausencia completa de pensamiento, es no pensar.

Antes de dejar este asunto, que trata de lo que compete a la mente en la fe cristiana, gustaría tan solamente de abordar las dos ordenanzas del Evangelio: el bautismo y a cena del Señor. Pues ambas son símbolos llenos de significado, destinados a traer bendiciones a los cristianos, despertándoles la fe en las verdades que simbolizan. Consideremos a cena del Señor, por ejemplo. En su aspecto más simple, es una visible dramatización de la muerte del Salvador por los pecadores. Es un recuerdo racional de aquel evento. Nuestras mentes tienen que trabajar en torno a su significado y apropiarse de la certeza que nos ofrece. El propio Cristo nos habla a través del pan y del vino. “Morí por vosotros”, dice él, y que recibamos su palabra, ella debe traer la paz a nuestros corazones culpables.

De esta forma, Thomas Cranmer escribió que la cena del Señor “fue ordenada con este propósito, que toda persona de ella participando, en el comer y en el beber, se acuerde de que Cristo murió a su favor, y ejercite su fe, confortándose en el recuerdo de los beneficios que Cristo le propició”. La seguridad cristiana es la llena “certeza de la fe”. Y si la certeza de la fe la fe transcurre del conocimiento, del seguro conocimiento de Cristo y del Evangelio. Como lo expresó el obispo J.C. Ryle: “Una gran parte de nuestras dudas y de nuestros temores provienen de sombrías percepciones de lo que sea la real naturaleza del Evangelio de Cristo... la raíz de una religión feliz es un claro, preciso y bien definido conocimiento de Jesucristo”.

LA BUSQUEDA DE LA SANTIDAD

Muchos de los secretos de la santidad nos son revelados en las páginas de la Biblia. De hecho, uno de los objetivos principales de la Escritura es mostrar al pueblo de Dios como llevar una vida que le sea digna y que le agrade. Sin embargo uno de los aspectos más negligenciados en la búsqueda de la santidad es la parte que compete a la mente si bien el propio Jesús haya puesto el asunto fuera de cualquier duda cuando prometió: “conoceréis la verdad, y la verdad os liberará”. Es mediante su verdad que Cristo nos libera de la esclavitud del pecado. De qué forma? Donde se encuentra el poder libertador de la verdad?.

Para que comencemos, necesitamos Tener un cuadro bien claro del tipo de persona que Dios pretende que seamos. Tenemos que conocer la ley moral de Dios y los mandamientos. Como lo expresó John Owen: “el bien que la mente no es capaz de descubrir, la gana no puede escoger, ni las aflicciones pueden

encariñarse"... Por lo tanto, "en la Escritura el engaño de la mente comúnmente se presenta como el principio de todo pecado".

El mejor ejemplo de eso se puede encontrar en la vida terrenal de nuestro Salvador. Por tres veces el diablo se aproximó de él y lo intentó en el desierto de la Judea. En las tres veces Él reconoció se mala la sugerencia que le hube hecho Satanás y contraria a la gana de Dios. Tres veces Él se opuso a la tentación con la palabra griega *ptai*: "está escrito". Jesús no dio margen a cualquier discusión o argumentación. La cuestión ya estaba decidida, inmediatamente de partida, en su mente. Pues la Escritura hube establecido lo que es correcto. Este claro conocimiento bíblico de la gana de Dios es el secreto básico de una vida recta.

No basta que sepamos lo que deberíamos ser, sin embargo. Tenemos que ir más además, resolviendo, en nuestras mentes, a alcanzarla. La batalla es casi siempre gana en la mente. Es por la renovación de nuestra mente que nuestro carácter y comportamiento se transforman. Así es que, seguidamente, la Escritura nos exhorta la una disciplina mental en ese sentido. "Todo lo que es verdadero", dice ella, "todo lo que respetable, todo lo que es justo, todo lo que es de buena fama, si alguna virtud hay y si alguna alabanza existe, sea eso lo que ocupe vuestro pensamiento".

De nuevo: "Si fuisteis resucitados juntamente con Cristo, recoged las cosas allá del alto, donde Cristo vive, asentado a la derecha de Dios. Pensad en las cosas allá del alto, no en las que son aquí de la tierra; porque moristeis, y vuestra vida está oculta juntamente con Cristo, en Dios.

De nuevo aún: "Los que se inclinan para la carne meditan de las cosas de la carne pero los que se inclinan para el Espíritu, de las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne da muerte, pero ocuparse del Espíritu, es vida y paz".

El autocontrol es, antes de todo, el control de la mente. Lo que sembramos en nuestras mentes, cosechamos en nuestras acciones. "Leer ES Vivir" fue el lema de una reciente campaña publicitaria. Es un testimonio del hecho de que la vida no consiste sólo en trabajar, comer, dormir. La mente tiene que ser también alimentada. Y el tipo de comida que nuestras mentes recibieran determinará que tipo de persona seremos. Mentes saludables tienen un apetito saludable. Tenemos que satisfacerlas con alimento saludable, y no con drogas y venenos intelectuales peligrosos.

Hay, sin embargo, una otra especie de disciplina mental la que somos convocados en el Nuevo Testamento. Tenemos que considerar no solamente lo que deberíamos ser, pero también lo que, por la gracia de Dios, ya somos. Debemos constantemente acordarnos de lo que Dios ya hizo por nosotros, y decirnos a nosotros mismos: “Dios me unió con Cristo en su muerte y resurrección, y así acabó con mi vieja vida y me dio una vida completamente nueva en Cristo. Me adoptó en su familia y me hizo su hijo. Puso en mí su Espíritu Santo, haciendo de mi cuerpo su templo. También se hizo su heredero y me prometió un destino eterno, consigo, en el cielo. Es decir lo que Él hizo para mí y en mí. Es decir lo que soy en Cristo”.

Pablo no se cansa de exhortarnos a que dejemos de pensar en esas cosas. “Quiero que sepáis”, él escribe. “Porque no quiero, hermanos, que ignoréis...” Y cerca de diez veces en sus cartas a los Romanos y Corintios él profiere esta pregunta incrédula: “No sabéis...” “No sabéis que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte?” No sabéis que de aquel a quién os ofrecéis como siervos para obediencia, de ese mismo a quien obedecéis sois siervos...? “No sabéis que sois santuarios de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?” “No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?”

La intención del apóstol en estas preguntas no es sólo hacernos sentir avergonzados por nuestra ignorancia. Es antes hacer con que nos dicen respeto, las cuales de hecho nos son bien conocidas; y que hablemos entre nosotros sobre ellas hasta el punto en que se apoderen de nuestras mentes y amolden nuestro carácter. No se trata del optimismo de autoconfianza de Norman Vicent Peale, cuyo método busca conseguir que hagamos de cuenta que somos algo que no somos. El método de Pablo es que recordemos lo que realmente somos, porque así nos hizo Dios en Cristo.

LA DIRECCION DADA AL CRISTIANO

Es un hecho incontestable que Dios quiere dirigir su pueblo, y que Él dijo es capaz. Eso es lo que la Escritura nos enseña; en Sus promesas (por ejemplo, Prov. 3:6”. Él enderezara tus veredas”), en Sus mandamientos (por ejemplo, pero buscad comprender cual la gana del Señor”); y en sus oraciones (por ejemplo, Col. 4:12:...”que os conservéis perfectos y llenamente convencidos en toda lo que Dios quiere”).

Pero como que descubrimos la voluntad de Dios? Hay creyentes que afirman, con cierta facilidad, que “el Señor me dijo para hacer esto” o el “Señor me llamó para hacer aquello”, como se tuvieran una línea directa con el cielo y estuvieran en permanente y directa comunicación telefónica con Dios. Hallo difícil creer en tales personas. Otros hay que piensan recibir minuciosa dirección de Dios haciendo las más imaginativas interpretaciones de pasajes bíblicos, matando el sentido natural, violando el contexto y no teniendo una base en una exégesis segura, ni en el sentido común.

Si queremos discernir la voluntad de Dios para con nosotros, debemos comenzar haciendo una distinción importante: su voluntad “general” y su voluntad “particular”. La voluntad “general” de Dios así puede ser llamada por ser su voluntad para con todo su pueblo en general, en todas las épocas; mientras que, la voluntad “particular” de Dios así puede ser referida por ser su gana para con personas en particular y en ocasiones específicas. La voluntad general de Dios para con nosotros es que nos conformemos a la imagen de su Hijo. La voluntad particular de Dios, por otro lado, se refiere a cuestiones tales como la elección de la profesión; la elección del compañero o compañera en la vida y como emplear nuestro tiempo, nuestro dinero y nuestras vacaciones.

Una vez hecha esa distinción, nos hallamos en condiciones de repetir y responder aquella nuestra pregunta sobre como que descubramos la gana de Dios. Pues la gana general de Dios fue revelada en las Escrituras. No que sea siempre fácil discernir Su gana en las complejas situaciones éticas modernas. Necesitamos tener principios seguros para la interpretación bíblica. Necesitamos estudiar, discutir y orar. No obstante, continúa siendo verdad, en lo que se refiere a la gana general de Dios, que la gana para con su pueblo encuentra- se en la Palabra de Dios.

La voluntad particular de Dios, por otro lado, no se encuentra “lista” en la Escritura, pues la Biblia no se contradice, y es una característica de la gana particular de Dios que ella sea diferente para diferentes miembros de su familia. Es claro que encontramos en las Escrituras principios generales que nos orientan en la toma de nuestras decisiones en particular. Y no niego que muchos hombres de Dios, por los siglos la fuera, afirmaron haber recibido de las Escrituras una dirección detallada. Sin embargo, debo repetir que está no es la forma de como Dios procede.

Considere, por ejemplo, la cuestión de la boda. La Escritura le dará una dirección en términos generales. Ella le dirá que la boda está en los planes de

Dios, y que una vida de soltero debe ser la excepción, no la regla; que uno de los objetivos principales de la boda es el compañerismo, y esa es una de las calidades a ser buscada en la persona con quien casarse; que como cristiano usted tiene la libertad de casarse solamente con quien sea también creyente en Jesús; y que la boda (el compromiso total y permanente de un hombre con una mujer) es el contexto ordenado por Dios en lo cual la unión y el amor sexual deben ser disfrutados. Estas y otras verdades vitales acerca de la gana general de Dios para con la boda, la Escritura le mostrará. Pero la Biblia no le dirá se es la Clara, Mara , Sara o Nara aquella con quien usted deberá casarse!.

Como entonces tomar una decisión acerca de esta importantísima cuestión? Hay solamente una respuesta posible: usando la mente y el sentido común que Dios le dio. Usted ciertamente orará pidiendo la dirección de Dios. Y si usted fuera sabio, pedirá el consejo de sus padres y de otras personas más viejas que lo conocen bien. Pero la decisión final es suya, en la confianza de que Dios lo guiará en su propio raciocinio.

Hay una buena base bíblica, en el Salmo 32:8-9, para el uso de la mente de esa forma. Estos dos versículos deben ser leídos en conjunto. Ellos nos dan un buen ejemplo del equilibrio que hay en la Biblia. El versículo 8 contiene una promesa cuanto a la dirección de Dios: “te instruiré y te enseñaré el camino que debes seguir; y bajo mis vistas, te daré consejo”. Es, con efecto, una triple promesa: “instruirte,” “enseñarte,” y darte- “el consejo”. Pero el versículo 9 añade inmediatamente: “No seáis como el caballo o la mula, sin comprensión, los cuales con frenos y cabrestos son dominados; de otra suerte no te obedecen”. En otras palabras, aunque Dios prometa en lo guiar, no debemos esperar que lo haga tal como guiamos caballos y mulas. Dios no pondrá un freno ni una rienda en nosotros; pues no somos caballos ni mulas: somos seres humanos. Tenemos comprensión, lo que mulas y caballos no tienen.

Es, pues, por el uso de nuestra propia comprensión, iluminados por la Escritura y por la oración, recibiendo el conocimiento de amigos, que Dios nos guiará para que conozcamos su gana particular para nosotros.

Es urgente que atentemos la esa advertencia de la Escritura. Ya vi muchos jóvenes cristianos que cometan errores serios y tolos por que actúen bajo algún impulso irracional o por “palpite”, en vez de que se valgan podrían hacer suyas las palabras de Bernard Baruch: “Todos los fracasos que tuve, todos los errores que cometí, todas las tonterías que ya vi por ahí, tanto en la vida

pública como en la particular, fueron la consecuencia de una acción no pensada.”.

LA PRESENTACION DEL EVANGELIO

En Romanos 10 Pablo argumenta convincentemente a favor de la necesidad de predicar el Evangelio para que las personas se conviertan. Los pecadores son salvos, dice él, por que invoquen el nombre del Señor Jesús. Eso es muy claro. Pero como invocarán a aquel en quien no creyeron? Y como creerán en aquel de quien nada oyeron? Y como oirán acerca de ellos si no hay quien predique? Él concluyó su argumento diciendo: “Así, la fe viene por la predicación y la predicación, por la palabra de Cristo”.

En su argumento está implícito que nuestra proclamación del Evangelio tiene que Tener un contenido sólido. Es nuestra responsabilidad presentar de forma completa la persona divina y humana de Jesús Cristo, y su obra de salvación, de modo que por medio de esta “predicación de Cristo” Dios despierte la fe en el oyente. Tal predicación evangelística está lejos de su trágica caricatura, tan común hoy día, a saber: un llamamiento emocional y anti-intelectual por “decisiones”, cuando los oyentes tienen sólo una confusa noción sobre lo que deban decidirse y por que.

Invítelo a considerar el lugar de la mente de la evangelización, dándole dos razones del Nuevo Testamento para una proclamación del evangelio, que haga uso de la mente.

La primera es quitada del ejemplo de los apóstoles. Pablo resumió su propio ministerio evangelístico con las simples palabras “persuadimos a los hombres”. Pues bien, la persuasión “” es un ejercicio intelectual. “Persuadir” es disponer argumentos de forma a prevalecer sobre las personas, haciéndolas cambiar de idea con respecto a alguna cosa. Y lo que Pablo declara hacer es ilustrado por Lucas en las páginas de hechos. Él nos dice, por ejemplo, que por tres semanas en la sinagoga en Tesalónica Paulo “diserto entre ellos, acerca de las Escrituras, exponiendo y demostrando Haber sido necesario que Cristo padeciera y resucito de entre los muertos” y diciendo “este es Cristo, Jesús, que yo os anuncio”. El resultado, Lucas añade, fue que “algunos de ellos fueron persuadidos”.

Pues bien, todos los verbos que Lucas emplea aquí, describiendo el ministerio evangelístico de Paulo - diserta, exponer, demostrar, anunciar y

persuadir - son, hasta cierto punto, verbos “Intelectuales”. Indican que Paulo enseñaba un cuerpo de doctrina y disertaba en dirección a una conclusión. Su objetivo era convencer para convertir. Y el hecho de que después de una campaña, muchas veces decimos “gracias Dios algunos se convirtieron”, es una señal de que huimos un poco del vocabulario neo testamentario. Sería igualmente bíblico, si no más, que digamos “gracias Dios algunos fueron persuadidos”. Por lo menos eso fue lo que Lucas dijo después de la misión de Pablo en Tesalónica.

Las largas permanencias de Pablo en algunas ciudades, principalmente en Éfeso, es explicable por la naturaleza persuasiva de su predicación del evangelio. En los tres primeros meses que allá pasó Paulo frecuentó la sinagoga, donde “hablaba osadamente, disertando y persuadiendo, con respecto al reino de Dios”. Después se apartó de la sinagoga “pasando a discurrir diariamente en la escuela de Tirano” local que posiblemente habría sido un salón de conferencia secular, alquilado por él para ese fin. Algunos manuscritos añaden que sus charlas iban de la hora Quinta la décima, o sea, de las once de la mañana a las cuatro de la tarde. Y duró “esto”, Lucas nos informa, “por espacio de dos años”. Admitiendo que Paulo trabajara seis días por semana, las cinco horas diarias en que pasaba predicando persuasivamente el evangelio totalizando cerca de 3.120 horas. No es de sorprenderse, aún, que, en consecuencia, Lucas dice: “todos los habitantes de Asia oyeron la palabra del Señor”.

Casi todo el mundo ciertamente tendría que pasar por allá, a la corta o a la larga, a causa de alguna compraventa, o para consultar un médico, o un abogado o un político, o aún para visitar un pariente. Y, evidentemente, uno de los atractivos de la ciudad era ir a oír el predicador cristiano Pablo. Se podía lo oír a cualquier día. Mucha gente fue verlo, y fue persuadida de la verdad de su mensaje, volviendo nacidos de nuevo a las sus villas de origen. Así la palabra de Dios se esparció por toda la provincia.

La Segunda evidencia que el Nuevo Testamento nos da de que la evangelización debe ser una proclamación de la buena nueva haciendo uso del raciocinio es que la conversión, no pocas veces, es descrita en términos de la respuesta de alguien no Cristo propiamente, pero a la verdad “”. Hacerse cristiano es “creer en la verdad”, “obedecer a la verdad”, “reconocer la verdad”. Paulo llega hasta a referirse a sus lectores romanos diciendo “vinisteis a obedecer de corazón á forma de doctrina la que fuisteis entregues”. Es evidente,

por esas expresiones, que, a lo que prediquen Cristo, los evangelistas de la iglesia primitiva enseñaban un cuerpo de doctrina acerca de Cristo.

Hay, sin embargo, objeciones a esta mi tesis cuanto al evangelismo. De entrada, se puede preguntar, esa evangelización racional que abogo no estará a servicio del orgullo intelectual de las personas? Ciertamente eso es posible. Tenemos que en los precaver contra ese peligro. Al mismo tiempo hay una diferencia substancial entre adular la vanidad intelectual de alguien (lo que no debemos hacer) y respetar su integridad intelectual (lo que tenemos que hacer). En segundo lugar, esa presentación del evangelio con persuasión intelectual no hace discriminación, impidiendo que las personas de bajo nivel cultural reciban el evangelio? No, no hace. O, por lo menos, no debería hacer. Así como Paulo, somos compromissados o somos “deudores”, tanto a sabios como a ignorantes”. El evangelio es para todos, independientemente del nivel de escolaridad. Y el tipo de evangelización que defiendo, que presenta Jesús Cristo en su plenitud, es importante a toda clase de persona, sean niños o adultos, cultas o incultas, indígenas de Amazonas o intelectuales de la universidad. Es que la presentación por esta forma de evangelización no es una presentación académica (calcada en términos filosóficos o en un vocabulario complicado), pero sí racional.

Y las personas de bajo nivel cultural responden a la razón de la misma forma que las doctas. Sudas, mientes tal vez no hayan sido ejercidas a pensar de una manera determinada, y es correcto que deberíamos observar la diferencia que Marshall McLuhan y sus seguidores hacen, distinguiendo el pensamiento lineal del no- lineal. De cualquier forma, aquellas personas aún piensan. Todos ser humano piensa, pues Dios creó el hombre como un ser pensante. La enseñanza del propio Jesús, aunque maravillosamente simple, ciertamente hizo con que sus oyentes pensarán. Él les presentó verdades importantes acerca de Dios y del hombre, sobre sí mismo y el Reino, sobre esta vida y la prójima. Y a menudo terminaba sus parábolas con una incomodativa pregunta, forzando sus oyentes a que tomen una decisión con respecto al punto en discusión.

Nuestro deber entonces es evitar distorsionar o diluir el evangelio, y, al mismo tiempo, presentarlo de forma bien clara, manejando bien la palabra de la verdad de forma que las personas vengan a aceptarla, para no acontecer conforme las palabras de Jesús: “a todos los que oyen la palabra del Reino y no a comprenden, viene el maligno y arrebató lo que les fue sembrado en el corazón”. Creo que las veces son nuestras explicaciones “por alto” que dan al diablo precisamente esta oportunidad, que nunca se le debería dar.

En tercer lugar, la predicación del evangelio con argumentación racional no usurpa el trabajo de Espíritu Santo, haciendo con que en la práctica lo dispensemos? Bien, es claro que sin el poder de Espíritu Santo la evangelización es imposible. Sin embargo, es un gran error pensar que es una característica de la autoconfianza o de la falta de fe dar un contenido de doctrina a las buenas nuevas, y valerse de argumentos para demostrar la verdad y la relevancia del evangelio; y que basta Tener más fe en Espíritu Santo para que podamos omitir toda doctrina y argumentación. En la verdad el contrario de eso es que es correcto. Es una falsa antítesis esa a de contraponerse a Espíritu Santo la presentación del evangelio que haga uso de la razón.

Lo que Paulo hubo renunciado, dijo él a los corintios, fuera la sabiduría del mundo (como materia de su mensaje) y la retórica de los griegos (como método de presentación). En vez de la sabiduría de este mundo, resolvió predicar Cristo, este crucificado; en el lugar de la retórica, optó por confiar en el poder de Espíritu Santo. Pero Paulo aún se valía de la doctrina y de la argumentación.

Gresham Machen expresó admirablemente esta cuestión en su libro *The Christian Faith in the Modern World* (La Fe Cristiana en el Mundo Moderno): “El misterioso trabajo de Espíritu Santo tiene aunque acontecer en el nuevo nacimiento”, escribió. “De lo contrario, todos nuestros argumentos son completamente inútiles. Pero no podemos concluir que los argumentos sean innecesarios, por el simple hecho de que sean insuficientes. Lo que Espíritu Santo hace en el nuevo nacimiento no es transformar la persona en un cristiano sin dar atención a la evidencia, pero, por el contrario, disipar la niebla de sus ojos, de forma que pueda ver y responder a la evidencia.

Wolfhart Pannenberg, el joven profesor de Teología Sistemática de Múnich escribió algo similar en su libro “*Basic Questions in Theology*” (“Cuestiones Teológicas Fundamentales”): “Un mensaje no convincente, como alternativa, no es capaz de alcanzar el poder de convencer simplemente apelando a Espíritu Santo... La argumentación y la operación del Espíritu no son mutuamente exclusivas. Al confiar en el Espíritu, Paulo de forma alguna se dispensó de pensar y argumentar”. Así, pues, en nuestra proclamación del evangelio, tenemos que en los dirigir a la persona toda (mente, corazón y gana) con el evangelio todo (Cristo encarnado, crucificado, resucitado, soberano, su Segunda venida y mucho más aún). Debemos argumentar con su mente y apelar fervorosamente a su corazón para que mueva su gana, estando nuestra

confianza depositada en Espíritu Santo del comienzo al fin. No nos es dada la libertad de presentar Cristo parcialmente (como hombre pero no como Dios, su vida y no su muerte, su cruz pero no su resurrección, como Salvador pero no como Señor). Ni aún tenemos el derecho de pedir una respuesta parcial (de la mente pero no del corazón, del corazón pero no de la mente, o de la mente o del corazón pero no de la gana). No. Nuestro objetivo es ganar el hombre todo para Cristo total, y para eso es necesario el completo consentimiento de su mente, corazón y gana.

Oro insistentemente que Dios levante hoy una nueva generación de apologistas cristianos, personas que comuniquen el mensaje cristiano, teniendo una absoluta fidelidad al evangelio bíblico, y una inquebrantable confianza en el poder del Espíritu, combinada con una comprensión profunda y sensible a las alternativas contemporáneas del evangelio; personas que se relacionen con vivacidad, ardor, autoridad y propiedad, personas que hagan uso de sus mentes para que ganen otras mentes para Cristo.

EL MINISTÉRIO Y SUS DONES

Mi sexto y último ejemplo cuanto al lugar de la mente es el ministerio cristiano. Tenemos que usar nuestra mente cualquiera que sea el ministerio, pero especialmente en el ministerio ordenado o pastoral de la iglesia. Hoy día hay un renovado interés en el tema del ministerio y en los carismata (dones del Espíritu) que califiquen y dan condiciones al pueblo de Dios para ejercer su ministerio. Todos los dones espirituales (y son muchos) se destinan a algún tipo de ministerio. Son datos para que sean ejercidos “visando un fin provechoso”, teniendo como propósito edificar la iglesia, el cuerpo de Cristo, de forma a crecer hasta la madurez. Los dones que más deben ser buscados y apreciados, por lo tanto, son los dones de la enseñanza, ya que es por medio de ellos que la iglesia es más “edificada”.

Este Don de la enseñanza es, a buen seguro, necesario a los presbíteros, que tiene cuidado pastoral para con la iglesia local. Vamos a abordar rápidamente tanto la naturaleza de su ministerio como también las cualificaciones que les son necesarias. El ministerio “pastoral” es esencialmente un ministerio de enseñanza “”. Voy a esclarecer eso. El ministro es un pastor,

designado por Cristo, el Sumo Pastor, para cuidar de parte de su rebaño, tiendo en particular la responsabilidad de alimentar las ovejas (o sea, enseñarlas).

Así, pues, el apóstol Paulo podía decir a los presbíteros-obispos de la iglesia en Éfeso: “Atended por vosotros y por todo el rebaño sobre lo cual Espíritu Santo os constituyó obispos, para pastorear la iglesia de Dios, la cual él compró con su propia sangre”. Y el apóstol Pedro, que por tres veces fuera personalmente comisionado por el Señor resucitado a cuidar o alimentar sus ovejas y corderos, más tarde escribió a otros presbíteros diciendo: “Pastoread el rebaño de Dios que hay entre vosotros...”

Dejando de lado la metáfora del pastor, la mayor responsabilidad de los presbíteros locales es: “presentar todo hombre perfecto en Cristo”. Y, para alcanzar este objetivo, deben proclamar Cristo en su plenitud, “advirtiendo a todo hombre y enseñando a todo hombre en toda la sabiduría”. Es por el conocimiento de Cristo, tal como lo presentan las Escrituras y lo proclama el ministerio, que los cristianos alcanzan madurez espiritual.

Las cualificaciones para el ministerio son consistentes con su naturaleza. Todo candidato al ministerio pastoral o al presbiterato debe poseer tanto la fe bíblica como el Don de enseñarla. Debe ser ortodoxo. “Encariñado a la palabra fiel que es según la doctrina (literalmente: según el didache, o la enseñanza de los apóstoles), de modo que haya que pueda así para exhortar por la recta enseñanza como para convencer los que contradicen”. Debe ser aún “apto para enseñar”. Esta son dos cualificaciones que le son indispensables. Debe ser fiel a la didache y ser didaktikos, un profesor que sabe transmitir y que tiene la recta enseñanza.

Eso lo obligará a estudiar, tanto en su preparación al ministerio como durante su ejercicio. Es impresionante que a los que quieren recomendarse a sí mismos como ministros de Dios, Paulo escribe, deben hacerlo no solamente a través de su paciencia en las tribulaciones, ni solamente a través de su pureza, privación, bondad y amor, pero también a través de su saber.

Soy muy grato al Dr. Billy Graham por lo oír decir, en una predicación en Londres dirigida a cerca de 600 ministros, en noviembre de 1970, que se tuviera que recomenzar su ministerio de nuevo, estudiaría tres veces de lo que estudió. “He predicado mucho y estudiado tan poco”, dijo él. El día siguiente él me contó una afirmativa hecha por el Dr. Donald Barnhouse: “Si me fueran dados sólo tres años para servir al Señor, pasaría dos de esos tres años estudiando y preparándome”.

Yo aún estoy cada vez más ansioso por ver Dios llamar, los días de hoy, más personas para este ministerio de la enseñanza; personas con mentes atentas, convicciones bíblicas y aptitud para enseñar; colocándolas en las ciudades grandes e importantes, y en las ciudades universitarias de este mundo; de forma que , a la semejanza de Paulo en la escuela de Tirano en Éfeso, en esos lugares ejerzan un ministerio de enseñanza sistemática y persuasivo, exponiendo las viejas Escrituras y aplicándolas al mundo moderno; y que tal ministerio fiel, bajo la buena mano de Dios, no solamente conduzca su propia congregación hasta el punto de la madurez en Cristo, pero también esparza su bendición por toda parte, a través de los visitantes que por poco tiempo vengan a recibir su influencia.

APLICANDO NUESTRO CONOCIMIENTO

En el comienzo de este libro mencioné el riesgo de caerse en el extremo opuesto, o sea, el peligro de una reacción exagerada, pasándose de un estéril anti-intelectualismo a un super-intelectualismo igualmente estéril. Evitaremos fácilmente que ese peligro se acordemos de sólo una cosa: Dios no pretende que el conocimiento sea un fin en sí aún, pero sí que sea un medio para alcanzarse algún fin.

Intenté abordar rápidamente seis esferas de la vida cristiana en las cuáles la mente desempeña un papel importante: el culto, la fe, la santidad, la dirección, la evangelización y el ministerio cristiano. Siendo tales cosas imposibles si no usáramos nuestras mentes y si no adquiriéramos algún conocimiento, nos es menester admitir el corolario, que la adquisición de conocimiento bíblico debe en los llevar la esas cosas y enriquecer nuestra experiencia cuanto a las mismas. El conocimiento trae consigo la solemne responsabilidad de que apliquemos ese conocimiento que tenemos, o sea, que actuemos de forma que le sea compatible. Voy a esclarecer más este punto.

En primer lugar, el conocimiento debe conducir a la adoración. La consecuencia de nuestro verdadero conocimiento de Dios no será nos empavonarnos, llenos de orgullo por la sabiduría que tenemos, pero que sí nos sometiéramos a Él con llena admiración, exclamando: “Ó profundidad de la riqueza, tanto de la sabiduría, como del conocimiento de Dios. Cuan insondables son sus juicios y cuan inescrutables sus caminos!”.

Siempre que nuestro conocimiento se hace árido o acaba con nuestro entusiasmo y nos deja fríos, alguna cosa de errado aconteció. Pues toda vez que Cristo nos expone las Escrituras y de él recibimos alguna enseñanza, nos debe arder el corazón. Mientras más conocemos Dios, más debemos amarlo. Creo haber sido el obispo Handley Moule quien dijo que deberíamos ser precavidos contra una teología sin devoción como también contra una devoción sin teología. En segundo lugar, el conocimiento debe conducir a la fe. Ya venimos que la fe se fundamenta en el conocimiento, y es este que la hace racional.

“En ti, pues, confían los que conocen tu nombre”, escribió el salmista. Es precisamente nuestro conocimiento de la naturaleza y del carácter de Dios que suscita nuestra fe. Pero se es que no podemos creer sin conocimiento, tampoco debemos conocer sin creer. Es decir: nuestra fe tiene que apoderarse de toda la verdad que nos sea revelada por Dios. En la verdad, el mensaje de Dios no trae beneficio alguno, la menos que encuentre fe en las personas que la oyen. Por ese motivo es que Paulo no solamente ora, en el sentido de que los ojos de nuestro corazón sean iluminados para que sepamos cuál es la suprema grandeza del poder de Dios, demostrada en la resurrección; pero también añade que este poder que Dios ejerció en Cristo es disponible para nosotros que creemos. El primer paso necesario es que sepamos en nuestras mentes cual es la magnitud del poder de Dios, pero esto debe conducirnos a que apropiemos por la fe ese poder en nuestras vidas.

En tercer lugar, el conocimiento debe conducir a la santidad. Ya consideramos algunos medios por los cuáles nuestra conducta se transformaría si tan solamente supiéramos con mayor claridad lo que deberíamos ser y lo que somos. Pero ahora tenemos que ver cómo cada vez más se hace mayor nuestra responsabilidad de poner nuestro conocimiento en práctica, a medida que él se amplía. Podría citar muchos ejemplos bíblicos. El Salmo 119 está repleto de aspiraciones por conocer la ley de Dios. Por qué? Para obedecerlo mejor: “Dame comprensión y guardaré tu ley; de todo el corazón a cumpliré”. Dijo Jesus, el Señor, a los doce: “Si sabéis estas cosas, bienaventurados sois si es que las practicas”. Pablo escribió: “Lo que también aprendiste, y recibisteis, y oísteis en mí, eso practicad”. Y Santiago daba énfasis al mismo principio al rogar a sus lectores que fueran “practicantes de la palabra, y no solamente oyentes” advirtiéndolos de que la fe sin obras es una ortodoxia muerta, que hasta los demonios aceptan.

El ministro puritano Thomas Manton, que otrora fue el capellán de Oliver Cromwell, comparó el cristiano desobediente a un niño que sufre de raquitismo. “El raquitismo hace las cabezas grandes y los pies débiles. No sólo debemos discutir cuanto a la palabra, y hablar acerca de ella, pero también guardarla. No seamos ni sólo oídos, ni sólo cabeza, ni sólo lengua, pero los pies tienen que ejercitarse!”.

En cuarto lugar, el conocimiento debe conducir al amor. Mientras más sabemos, más debemos compartir que sabemos con los otros y usar nuestro conocimiento en servicio a ellos, sea en la evangelización, sea en el ministerio. A las veces, sin embargo, nuestro amor podrá moderar nuestro conocimiento. Pues el conocimiento en sí puede ser ríspido; le es necesario Tener la sensibilidad que el amor le puede dar. Fue eso lo que Pablo quiso decir cuando escribió: “El saber ensoberbece, pero el amor edifica”. El “señor del saber” de quien él habla es el cristiano instruido, sabedor de que hay un solo Dios, de que los ídolos nada son, y que por lo tanto no hay razón teológica alguna pela cual no deba comer una comida que fuera anteriormente ofrecida a ídolos.

Sin embargo, puede haber un motivo de orden práctica para de ella abstenerse. Es que algunos cristianos no tienen tal conocimiento y, en consecuencia, sus conciencias son “débiles”, o sea, no instruidas y excesivamente escrupulosas. Anteriormente ellos propios habían sido idólatras. Y, aún después de su conversión, creen que, en su conciencia, no pueden comer tales carnes. Andando con ellos, entonces, Paulo argumenta: el cristiano “fuerte” o instruido debe abstenerse para no ofender la conciencia “débil” de sus hermanos. Él aún tiene la libertad de conciencia para comer. Sin embargo su amor limita la libertad que el conocimiento le da. Tal vez esté contra tales circunstancias que Paulo llega a decir, en algunos capítulos adelante: “Aunque yo... conozca todos los misterios y toda la ciencia... si no tuviera amor, nada seré”.

Prestemos atención a esas advertencias. El conocimiento es indispensable a la vida y al servicio cristiano. Si no usamos la mente que Dios nos dio, nos condenamos a la superficialidad espiritual, impedido-nos de alcanzar muchas de las riquezas de la gracia de Dios. Al mismo tiempo, el conocimiento nos es dato para ser usado, para en los llevar a adorar mejor Dios, en los conducir a una fe mayor, a una santidad más profundiza, a un mejor servicio. No es de menos conocimiento que necesitamos, pero sí de más conocimiento, desde que lo apliquemos en nuestra vida.

La pregunta de como tal conocimiento puede ser obtenido, la mejor respuesta que puedo dar es con palabras de uno de los sermones de Charles Simeón: “Para la obtención y conocimiento divino, la orientación que tenemos es a de combinar una dependencia del Espíritu de Dios con nuestras propias investigaciones. Que no nos atrevamos a separar entonces lo que Dios unió”. Eso quiere decir que tenemos que orar y tenemos que estudiar. Es como fue dicho Daniel: “No temas, Daniel, porque desde el primer día, en que aplicaste el corazón a comprender y a humillarte ante tu Dios, fueron oídas tus oraciones...”De hecho, la disposición mental para comprender, la humillación de sí aún ante Dios son señales del ardiente antojo de quienquiera alcanzar la verdad divina. Tal antojo ciertamente será satisfecho. Pues dios prometió a quien El recoger con seriedad:

Hijo mío, si aceptaras mis palabras, y que escondas contigo mis mandamientos, para que hagas atento a la sabiduría tu oído, y para que inclines tu corazón a la comprensión; y que si clamas por inteligencia, y por comprensión alza tu voz; si recogieras la sabiduría como la plata, y con a tesoros escondidos a que busques; entonces entenderás el temor del Señor, y hallarás el conocimiento de Dios. Porque el Señor da la sabiduría, de su boca viene la inteligencia y la comprensión.
